

EN RECUERDO DE ALBERTO DÍAZ TEJERA

Por ANTONIO SANCHO ROYO

Excmo. Sr. Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras,

Excma. Sra. Académica,

Excmos. Sres. Académicos,

Querida familia Díaz Moreno,

Sras. y Sres.

Quisiera comenzar mi intervención agradeciendo a la Real Academia Sevillana de Buenas Letras la invitación que me ha cursado a través de uno de sus miembros, el Excmo. Sr. D. Rogelio Reyes Cano, para intervenir en esta sesión necrológica, acto de homenaje y de recuerdo de quien fuera un miembro ilustre de la misma el Excmo Sr. D. Alberto Díaz Tejera, y compañero mío durante muchos años en el Departamento de Filología Griega y Latina de la Facultad de Filología de la Universidad de Sevilla. Vaya pues mi agradecimiento en estas mis primeras palabras que espero alcancen a cumplir, al menos parcialmente en la medida que mi intervención será parcial, lo que a cada uno de los presentes según su deseo y opinión le gustaría ver reflejado en relación con la figura y personalidad del homenajeado y que él sin duda se merece.

Resulta siempre difícil y doloroso, y en el presente caso y para mí he de decir que también especialmente emotivo y entrañable, asumir la tarea de esbozar, siquiera de forma muy breve y parcial, la

semblanza del amigo fallecido y de enjuiciar la labor de toda una vida de dedicación a la docencia e investigación universitarias y de compromiso con la realidad social y cultural en la que les tocó vivir.

Difícil, en efecto, porque siempre existe el riesgo de no ser todo lo riguroso y exacto en la valoración de los hechos, que en el caso de D. Alberto, así me referiré a él de ahora en adelante pues así me dirigí a él durante los muchos años de estrecha convivencia en los que me honró con su amistad, que en el caso de D. Alberto, repito, son muchos y fecundos. Y ello no por falta de cariño hacia su persona sino, tal vez, por desconocimiento o incapacidad de quien emite el juicio, o sencillamente porque no es empresa fácil hacer coincidir la visión personal con aquella otra que cada uno pueda tener de él.

Y doloroso, es evidente, porque las circunstancias causantes del presente acto no hubieran sido deseadas por ninguno de nosotros. Entre las cosas verdaderamente aciagas que le pueden suceder al hombre en esta vida se encuentra, sin duda, en lugar preeminente la muerte de un amigo, y creo poder afirmar sin riesgo a equivocarme que D. Alberto, en mayor o menor medida, según el grado de conocimiento y trato que de él se tuviera, era un amigo de todos.

Si hubiera que destacar un rasgo definitorio de su personalidad lo definiría con una sola palabra: humanismo. D. Alberto Díaz Tejera fue un humanista de vocación, de formación y de ejercicio. Y esta dimensión humanista le llevó también en el plano de las relaciones personales a ser una persona de una gran humanidad, afable, dialogante, amigo del entendimiento y de la reconciliación antes que de la confrontación y de la discordia, y siempre dispuesto a satisfacer la ayuda requerida.

Humanista de vocación, pues él mismo, al poco tiempo de llegar a esta ciudad, en los primeros años de la década de los setenta, se encargó de realizar lo que consideró su carta de presentación en los medios universitarios y yo diría que en un cierto sector de la sociedad culta sevillana, bajo la forma de una serie de lecciones universitarias impartidas en Facultades, Colegios Mayores y Centros culturales que posteriormente fueron recogidas y publicadas bajo el título de "*Seis lecciones entorno al hombre*" y en las que el tema axial es el Humanismo. En ellas confiesa su creencia en la dimensión del humanismo y en cómo a él se le

“vuelve difícil escribir o decir nada en que no aparezca el homirgueo del precipitado cualitativo de lo humano”.

De formación, pues se licenció en Filología Clásica por la Universidad Complutense de Madrid con Premio Extraordinario de Licenciatura, y también por esa misma Universidad se licenció en Filosofía. Y obtuvo dos doctorados, uno en Filología Clásica con una Tesis Doctoral titulada “*La Cronología de los Diálogos Platónicos desde un punto de vista del léxico*”, dirigida por el Prof. Dr. F. Rodríguez Adrados, y otro en Filología Hispánica con la Tesis Doctoral titulada “*La evolución de las oraciones condicionales en castellano a partir de la estructura latina*” dirigida por el Prof. Dr. Rafael Lapesa, ambas con la máxima calificación. Como puede verse son muchos los campos, —filología griega, filología latina, filología hispánica, filosofía— en los que se formó D. Alberto y todos ellos básicos y constitutivos de lo que hasta la fecha —hoy ya con las Humanidades de nuevo cuño no me atrevo a afirmarlo— pero sí hasta hace poco se ha entendido como “*studia humanitatis*”.

Y de ejercicio, pues no sólo se formó en tales disciplinas sino que parte de su actividad científica está nuclearizada y penetrada de esa formación humanística. De suerte que en las facetas en las que profundizó en su labor investigadora se aprecia, de una parte, que puede calificarse con claridad de filosófico-humanista, con publicaciones como la ya citada, la propia Tesis de Doctorado, Encrucijada de lo político y lo humano (Un momento histórico de Grecia), *La Antígona de Sófocles. Su carácter humanista*, etc. y otras dos, que podríamos designar como vertiente de comunicación y lingüística y vertiente historiográfica, pero que están en parte condicionadas por la primera.

Así, en la vertiente lingüístico-comunicativa, además de trabajos estrictamente lingüístico se encuentran otros en los que se evidencia un claro deseo de asociar lo lingüístico y lo filosófico, en especial en toda una serie de artículos sobre Aristóteles, entre los que cabría citar a modo de ejemplo “La poesía como casualidad en la *Poética* de Aristóteles” o “Tiempo físico y tiempo lingüístico en Aristóteles” etc. Por lo demás, la elección de Aristóteles, autor objeto de sus preferencias y al que volvía una y otra vez con sus trabajos de forma recurrente, es reveladora de la voluntad de integrar en sus estudios lenguaje y filosofía, pensamiento y palabra.

Y en la vertiente historiográfica, abordó el estudio de los textos históricos desde la perspectiva de descubrir el mensaje subyacente en el texto y analizar la personalidad de los autores, perspectiva que le permitió integrar de nuevo la orientación filosófica con la filológica. Y es significativo, también en este caso, que sus trabajos principales en esta vertiente se hayan centrado sobre todo, en un autor como Polibio, un historiador que llegó a ser un filósofo de la historia, y para algunos, sin duda, el primer filósofo de la historia.

Esta dimensión humanista que impregnó su labor de investigación tuvo también su reflejo, como antes apunté, en el plano de las relaciones personales, en el ámbito de la Facultad. Y prueba de ello es el talante que siempre mostró de hombre dialogante, de consenso, siendo un punto de referencia obligado en los momentos de decisiones difíciles y cuya opinión gozaba de autoridad, acrecentada con el tiempo cuando llegó a ser el Catedrático más antiguo de la Facultad de Filología. Su figura menuda, enjuta, de rostro cetrino y apergaminado, con el pelo a su aire, el cigarrillo negro en la mano, un hombro más cargado que el otro formaba parte del paisaje físico de la Facultad, ya fuera recordada a contraluz en la inmensidad de los pasillos interminables camino de la clase o del despacho o departiendo en amigable conversación con algún miembro de la comunidad universitaria cual si de un moderno Sócrates se tratara. Y en este plano siempre fue el diálogo, el diálogo en función del humanismo, no como un artificio del hombre sino como algo inherente a él y como puente que lleva hacia la convergencia y no al revés, como él mismo afirmaba, lo que presidió su actuación.

Fiel reflejo de lo anterior fue su compromiso y su elección en puestos de responsabilidad y gobierno dentro de la vida académica, tales como la dirección del Departamento de la Filología Griega y Latina, su participación en la Junta de la Facultad, en el Claustro Universitario, como Director del Servicio de Publicaciones. De todos estos cargos universitarios quisiera destacar el de Decano, porque lo desempeñó cuando aún no se había producido la división en tres Facultades y se trataba entonces de la Facultad de Filosofía y Letras, y además en un momento difícil en la vida del país, cual fue la última etapa del régimen anterior, desde 1973

a 1975. Por haber sido testigo y por conversaciones sostenidas con él, me consta que siempre presidió su política universitaria la idea de que la Universidad tenía el derecho y el deber de la palabra libre y que, como él decía, “la autoridad se realiza no precisamente cuando manda sino cuando respeta los contenidos básicos del hombre a la vez que los impulsa aumentándolos cualitativamente” y la Facultad de Filosofía y Letras, durante su etapa como Decano, fue un modelo en este sentido.

En este mismo plano de la vida académica se ha destacar su labor como profesor entregado a la docencia durante toda su vida universitaria, docencia ininterrumpida hasta su muerte. También aquí he sido testigo presencial de sus hechos en la terminología polibiana, en especial de la formación, como miembro del Departamento de Filología Griega y Latina, de muchos Profesores de Enseñanza Media —hoy Enseñanza Secundaria— y de Universidad, y beneficiario de su magisterio pues fue el Director de mi Tesis Doctoral. Fue un impulsor de la Biblioteca de Filología Clásica por ser consciente de la importancia que tiene para la labor de formación docente y de investigación la existencia de unos fondos bibliográficos adecuados. Fundó en compañía de lo Profesores D. Javier de Hoz Bravo y D. Antonio Blanco Freijeiro la revista *Habis* dedicada a la publicación de trabajos de filología griega y latina, de arqueología e historia antigua y que goza de merecido prestigio en el ámbito de las publicaciones de periódicas especializadas.

Quisiera por último, pues otros aspectos de su curriculum académico e investigador serán analizados con mayor competencia que la mía por otros participantes en este acto, entre ellos el Excmo. Sr. Francisco Rodríguez Adrados, su maestro, colega y amigo, referirme a otro aspecto, en íntima relación con la personalidad y el talante de D. Alberto, cual es aquel aspecto que al comienzo calificué de compromiso con la realidad social y cultural en la que estuvo inmerso.

La vida académica se expande en una serie de actos paralelos a la actividad docente e investigadora pero de gran importancia cara a la imagen que la Institución proyecte hacia el exterior y que, por otra parte, constituyen a mi juicio una obligación inherente a la tarea universitaria, más no siempre bien correspondida

ni valorada por parte de la propia comunidad universitaria y de sus miembros. También aquí la labor de D. Alberto fue encomiable, se prodigó sin reservas en conferencias, presentación de personas o libros, en mesas redondas, dentro y fuera del recinto universitario, así como en actos de homenaje a un colega fallecido como el que desgraciadamente hoy nos ocupa —recuerdo ahora sus palabras pronunciadas “In memoriam Iohannis Collantes de Terán Doctoris” en Sesión necrológica celebrada el 23 de Octubre de 1987—.

De su compromiso con la realidad social y cultural tres últimos ejemplos, ilustres y significativos todos por lo que de representativos tienen en el ámbito socio cultural sevillano, su nombramiento como asesor del Consejo de la “Asociación Dante Aligheri”, asociación cultural que, con sede en Sevilla, se ocupa de fomentar, hace ya muchos años, las relaciones culturales con Italia y de promover los estudios humanísticos acerca de temas italianos en nuestro país, asociación de gran arraigo en nuestra sociedad y en la Universidad; su pertenencia activa a la Cátedra General Castaño, entidad que en el ámbito castrense goza de un bien ganado prestigio por su empeño en pro de la cultura y en la que organizó toda una serie de actos culturales con la presencia y participación del mundo de la milicia y del universitario y, por último, mas no en último lugar, su designación en 1987 como miembro de esta Real Academia, Institución de tanto prestigio y solera en esta ciudad, tan enraizada en su tejido socio, cultural y científico de la que ha sido Secretario Primero hasta 1993, y Vicedirector desde entonces y hasta la fecha de su fallecimiento. De su trabajo y su saber, de su valiosa aportación en el seno de esta Academia sus señorías son los primeros beneficiarios y testigos.

Queden estas sencillas pero sentidas palabras como sincero homenaje de recuerdo y gratitud hacia el amigo y compañero, un universitario cabal, investigador excelente, un hombre noble y generoso, de espíritu libre, y de gran sencillez y humanidad, D. Alberto Díaz Tejera, prematuramente fallecido cuya memoria permanecerá siempre entre quienes le conocieron.